

Sebastian Neumeister (ed.)

# Los conceptos de Gracián

Tercer Coloquio Internacional  
sobre Baltasar Gracián en ocasión  
de los 350 años de su muerte  
(Berlín, 27-29 de noviembre de 2008)

edition tranvía · Verlag Walter Frey  
Berlin 2010

## **Bibliografische Information der Deutschen Bibliothek**

Die Deutsche Bibliothek verzeichnet diese Publikation in der Deutschen Nationalbibliografie; detaillierte bibliografische Daten sind im Internet über <http://dnb.ddb.de> abrufbar.

Copyright:

edition tranvía – Verlag Walter Frey

Druck: Rosch-Buch, Scheßlitz

ISBN 978-3-938944-40-0

Berlin 2010

edition tranvía · Postfach 15 04 55 · 10666 Berlin

E-mail: [Tranvia@t-online.de](mailto:Tranvia@t-online.de) · Internet: [www.tranvia.de](http://www.tranvia.de)

*Dieses Buch wurde auf alterungsbeständigem und säurefreiem Papier gedruckt.*

*Impreso en papel resistente al envejecimiento y libre de substancia ácida.*

## Sumario

<b>Presentación</b>	9
<b>I. El jesuita Gracián</b>	
<i>Joachim Küpper</i> Jesuitismo y manierismo en el <i>Oráculo manual</i> de Gracián	15
<i>Sebastian Neumeister</i> El camino trascendente de la lengua en <i>El Comulgatorio</i>	51
<b>II. Conceptos</b>	
<i>Eduardo Muratta Bunsen</i> Gracián y el concepto de prudencia	69
<i>David Martínez Perucha</i> De Campanella a Gracián: los conceptos de prudencia y ocasión en la era de la razón de Estado	99
<i>Felice Gambin</i> Gracián y los audaces vuelos de una pluma melancólica	127
<i>Emilio Blanco</i> Del valor al crédito: conceptos económicos en Gracián	147
<b>III. El Criticón</b>	
<i>Benito Pelegrín</i> Del cuerpo antitético al cuerpo sintético en <i>El Criticón</i> . De la ficción a la ciencia y ciencia ficción	173

*Carlos Vaillo*

Afinidades selectivas: De *La torre de Babilonia*  
de Antonio Enríquez Gómez a la “Babilonia común”  
de Gracián en *El Criticón* 193

*Georges Güntert*

Filosofar con artificio: *El Criticón* como suma del arte  
de ingenio 217

#### **IV. La recepción: dos casos**

*Josep Solervicens*

“Brújulas de marear a la excelencia”. Recreaciones gracianas  
en la literatura catalana del Barroco 239

*Till Kinzel*

Estrategias literarias del desengaño en Baltasar Gracián  
y Nicolás Gómez Dávila 261

## Emilio Blanco

(Universidad Rey Juan Carlos, Madrid)

### Del valor al crédito: conceptos económicos en Gracián

Hasta donde alcanzo, nadie o casi nadie ha llamado la atención sobre la importancia de los conceptos económicos en Baltasar Gracián.<sup>1</sup> Basta comenzar a leer el primer primor de *El Héroe*, sin embargo, para darse cuenta de las implicaciones económicas del pensamiento de este jesuita. Ya el título es bien significativo: “Que el héroe platique incomprehen-sibilidades de caudal”. Aunque es cierto que en el belmontino el término caudal adquiere pronto otro sentido, no lo es menos que la voz, en puridad, remite al mundo de la economía, y que el *Tesoro* de Covarrubias define *caudal* como “El principal de la hazienda con que uno trata y ne-

---

<sup>1</sup> Cfr. Elena Cantarino, “Bibliografía de y sobre Baltasar Gracián”, en *Suplementos. Materiales de trabajo intelectual*, Barcelona: Anthropos, 1993, junto con las conti-nuaciones a este trabajo accesibles en el sitio web dedicado a Baltasar Gracián por Cantarino (<http://www.uv.es/BaltasarGracian>). Aunque hay referencias puntuales al asunto en varios trabajos sobre Gracián publicados últimamente (Miguel Grande, “Mundo natural y civil en el pensamiento barroco graciano”, en Miguel Grande y Ricardo Pinilla, eds., *Gracián: Barroco y modernidad*, Madrid: Universidad Pontifi-cia de Comillas, 2004, pp. 139-179; o Baltasar Gracián, *El Héroe. Oráculo manual y arte de prudencia*, eds. A. Bernat Vistarini y A. Madroñal, Madrid: Castalia, 2003, p. 69, n. 17), sólo conozco dos breves trabajos que abordan parcialmente algunos aspectos de la relación apuntada: el de José Antonio García Durán citado en nota más abajo, al que habría que agregar el de V.E. Hoffmann, “Competitividad y ven-tas: ‘saber vender bien tus cosas’”, en Enrique Gastón, ed., *Arte de ser persona. So-bre el ‘Oráculo’ de Gracián*, Zaragoza: Egido Editorial, 2001, pp. 151-156. No hay rastro del jesuita en el volumen *Economía y Literatura* (Luis Perdiges de Blas y Ma-nuel Santos Redondo, coords., Madrid: Ecobook-Editorial del Economista, 2006), por más que algunos de los estudios allí incluidos se acerquen a otros autores del Siglo de Oro, como Cervantes o Quevedo.

gocia”, siendo el “hombre caudaloso” el mercader que trae en trato mucha hacienda.<sup>2</sup>

Volveré más tarde al sentido de celar el caudal a los demás y a las posibles lecturas que ello tiene. Ahora lo que me interesa es marcar esa aparición desde la primera línea de la obra graciana. Y además señalar que, lejos de lo que pudiera parecer, la presencia no es casual, porque hay otros términos en ese primor primero que apuntan en la misma dirección: llama la atención la fuerte presencia de voces pertenecientes al campo semántico de la medición, algo básico en el terreno de la economía, las finanzas y el comercio. Así, la primera destreza, bien enigmática por cierto, del nuevo arte de entendidos que propone Gracián será “medir el lugar con su artificio”; pero se habla igualmente de “sondarle el fondo” al caudal del varón culto o de Fernando el Católico, de “medir el valor” de este último monarca... Quizá venga de ahí el interés por las cantidades: en unos casos se trata de “conocer el término a la capacidad” del varón culto, en otros de “doblar” (la curiosidad del contrario); en otro apartado se recomienda intentar “ser infinitos” como “regla de grandeza”. En definitiva, lo que propone el primor inicial de *El Héroe* es un método de multiplicación: “Que con esta treta lo moderado parecerá mucho; y lo mucho, infinito; y lo infinito, más”.<sup>3</sup>

El lector de Gracián sabe bien que no terminan aquí las comparaciones cuantitativas del primor, porque mediado el texto del capítulo, el jesuita recordaba la conocida paradoja de Pítaco (“Más es la mitad que el todo”) y sentenciaba: “Porque una mitad en alarde y otra en empeño más es que un todo declarado” (p. 71). Empeño: otra voz con claro sentido económico que había aparecido ya antes en este primor. Es lo que hará el varón culto, que quizá así logre “con el recelo, el crédito”. Concepto al que volveré más tarde.

Da toda la impresión, pues, que la acumulación de voces con sentido económico es grande en las escasas líneas del primer capítulo de la obra graciana. Podría pensarse que es coincidencia, fruto de la casualidad. Pero no es así. Si, en vez de fijar la atención en *El Héroe*, atendemos ahora a los aforismos del *Oráculo manual*, la sensación es la misma. El primero de todos ellos puede pasar algo desapercibido en el sentido que nos ocupa, pero dice que “más es menester para tratar con un solo hombre en

---

<sup>2</sup> Sebastián de Covarrubias, *Tesoro de la lengua castellana o española*, ed. Martín de Riquer, Barcelona: Alta Fulla, 1989, s. v.

<sup>3</sup> Baltasar Gracián, *El Héroe. Oráculo manual y arte de prudencia*, citado, p. 73. Todas las citas de *El Héroe* hacen referencia a esta edición.

estos tiempos que con todo un pueblo en los pasados”.<sup>4</sup> Puede que Gracián utilice la voz con el sentido moderno, que no aparece en los diccionarios del momento. A comienzos del siglo XVII, con todo, tratar valía por “palpar alguna cosa con la mano o manosearla, y por alusión se dice tratar negocios”; tratar es “negociar, comprando y vendiendo mercaderías”, según recuerda Covarrubias (s. v.). Pero vamos a aceptar que Gracián emplea la voz con sentido moderno, y que el verbo alude, simplemente, a las relaciones que establecemos cotidianamente con los demás. Hay otros muchos aforismos que remiten al mundo de lo económico:

No todo el **caudal** se ha de emplear, ni se han de sacar todas las fuerzas cada vez. Aun en el saber ha de haber **resguardo**, que es un **doblar** las perfecciones; siempre ha de haber a qué apelar en un aprieto de salir mal. Más obra el socorro que el acometimiento, porque es de **valor** y de **crédito**. El proceder de la cordura siempre fue al **seguro**. Y aun en este sentido es verdadera aquella paradoja picante: “**Más es la mitad que el todo**” (Usar del **retén** en todas las cosas, *OM*, 170).<sup>5</sup>

*No empeñarse con quien no tiene que perder.* [...] Nunca se ha de exponer a tan cruel **riesgo** la **inestimable** reputación; costó muchos años de **ganar** y viene a **perderse** en un punto de un puntillo [...]. Al hombre de **obligaciones** hácele reparar el tener mucho que **perder**; mirando por su **crédito**, mira por el contrario; y como se **empeña** con atención, procede con tal detención que da tiempo a la prudencia para **retirarse con tiempo** y **poner en cobro** el **crédito**. Ni con el vencimiento se llegará a **ganar** lo que se **perdió** ya con el **exponerse a perder** (*OM*, 172).

*Vender las cosas a precio de cortesía,* que es **obligar** más. [...] La cortesía no da, sino que **empeña**, y es la galantería la mayor **obligación**. No hay cosa más **cara** para el hombre de bien que la que se da; es **vendella** dos veces y a dos **precios**: del valor y de la cortesía (*OM*, 272).

He escogido estos tres porque los conceptos de tipo económico se distribuyen por todo el aforismo, pero hay otros muchos que probarían lo mismo, en mayor o menor medida<sup>6</sup>, hasta unos 114 del total como poco.

---

<sup>4</sup> Baltasar Gracián, *Oráculo manual y arte de prudencia*, ed. Emilio Blanco, Madrid: Cátedra, 1995. Todas las citas remiten a esta edición, a través del número de aforismo.

<sup>5</sup> Las negritas son mías, al igual que en los dos textos que se citan a continuación.

<sup>6</sup> “**Cómprase** la reputación a **precio** de trabajo; poco **vale** lo que poco **cuesta**” (*Aplicación y Minerva*, *OM*, 18). “Arbitrio es hacer en el estío **provisión** para el invierno, y con más comodidad: van **baratos** entonces los favores, hay abundancia de amista-

Vale decir, pues, que uno de cada tres aforismos contiene al menos un término de tipo económico, aunque en la mayor parte de los casos es raro que aparezcan aislados.

Se podrían seleccionar muchos más ejemplos de otras obras del jesuita. La necedad se equipara a la moneda en el primer XVII de *El Héroe* (“el afectar prendas es necedad de a ocho”, p. 144); el concepto de multiplicación aparece continuamente en su obra (“Grande es dos veces el que abarca todas las perfecciones en sí...”, *H*, XVII, p. 144; “Saber y saberlo mostrar es valer dos veces”, *D*, XIII y *OM*, 130...); el hombre juicioso y notante “sonda... registra... mide [...] **Vale** primero en sí, y después da **valor** a cada cosa; **califica** los objetos y **gradúa** los sujetos; no lo admira todo ni lo **desprecia** todo; señala, **sí**, su **estimación** a cada cosa” (*D*, XIX).

Sucedería lo mismo si, en vez de los libros citados, nos detuviésemos en *El Político* o en *El Criticón*, menos ciertamente en *El Discreto*. Pero parece que la presencia abundantísima de conceptos económicos en el texto del jesuita es indudable. Con esto no quiero postular de ninguna manera el carácter economicista del pensamiento graciano: no creo que Gracián analice en modo alguno factores sociales o éticos desde un punto de vista económico. De hecho, junto a la presencia de los términos citados, se aprecia igualmente un deseo de ocultación de ciertos aspectos económicos. Por ejemplo, de la figura del mercader, que desaparece de las múltiples nóminas de oficios que se ofrecen en diferentes lugares de la obra graciana o que, en el caso de mencionarse, aparece siempre mal parada, algo en lo que el jesuita, por cierto, sigue una tradición bien antigua. Tampoco aparece la economía entre las disciplinas del discreto, aunque sí en *El Criticón*. Todo ello hace pensar en una doble tendencia de exposición y ocultación de distintas facetas de la economía.

Por todo ello, creo que no se trata de postular un valor económico del pensamiento del belmontino. Lo que sí parece evidente es que el jesuita, en su voluntad de renovar un estilo y de acuñar un sistema de ideas en

---

des. Bueno es **conservar** para el mal tiempo, que es la adversidad **cara** y falta de todo. Haya **retén** de amigos y de agradecidos, que algún día hará **aprecio** de lo que ahora no hace caso” (*Prevenirse en la fortuna próspera para la adversa*, *OM*, 113). “La queja siempre trae descrédito [...]. Mejor política es celebrar **obligaciones** de unos para que sean **empeños** de otros; y el repetir favores de los ausentes es solicitarlos de los presentes, es **vender** crédito de unos a otros” (*Nunca quejarse*, *OM*, 129). “**Valer** y saberlo mostrar es **valer** dos veces” (*Hacer y hacer parecer*, *OM*, 130). “Más vale ser engañado en el **precio** que en la **mercaduría**” (*No engañarse en las personas*, *OM*, 157).



buena medida propio y original, acudió a la innegable fuerza de una realidad bien pujante en aquel entonces, la económica, para diseñar parte de su ética y se sirvió de ella como basa fundamental de su idiolecto literario.<sup>7</sup> Veámoslo con cierto detenimiento a través de algunos conceptos de tipo económico: la teoría del valor, la función del dinero y de las posesiones, y, finalmente, la importancia del crédito.

### *Gracián y la teoría del valor*

Uno de los problemas fundamentales, si no el principal, de toda teoría económica tiene que ver con el valor, <sup>es</sup> decir, averiguar qué es lo que confiere su valía, precio o aprecio a cada cosa. Los economistas se dividen en dos grandes grupos: los que vinculan las causas del valor con lo que cuesta hacer las cosas, y quienes se inclinan por un determinante más subjetivo, en el sentido de que el valor de algo depende del aprecio de la gente.<sup>8</sup> Aunque podría parecer que Gracián mantiene una actitud ecléctica ante este problema, lo cierto es que se muestra claramente subjetivista. Es verdad que hay alusiones aisladas al coste de las cosas, y que algunas de esas referencias vinculan en general el coste al valor, adaptando el refrán de Correas “lo que poco cuesta poco se precia”: “Las cosas, para que se estimen, han de costar” (*OM*, 253); “poco vale lo que poco cuesta” (*OM*,

---

<sup>7</sup> Como se indicaba en la nota 1, el tema apenas si se ha explorado en Gracián. Aunque no puedo mencionar más bibliografía específica sobre esta materia en la obra del jesuita, este trabajo no podría haberse hecho sin tener en cuenta una serie de textos que se citarán en nota. Con todo, algunos otros no aparecen en el aparato referencial, pero han sido igualmente útiles a la hora de analizar el estilo de pensar *more economico* del jesuita. Cfr., en esa dirección, F. Gómez Camacho, “Globalización, nominalismo y dinero en los doctores españoles de los siglos XVI y XVII”, en Antonio M. Bernal, ed., *Dinero, moneda y crédito en la monarquía hispánica: Actas del Simposio Internacional “Dinero, Moneda y Crédito: de la Monarquía Hispánica a la Integración Monetaria Europea”*, Madrid: Marcial Pons-Fundación ICO, 2000, pp. 323-337; allí mismo, el trabajo de Manuel Jesús González, “Metales, precios y pensamiento monetario en Castilla durante el siglo XVI”, pp. 307-321; Mariano Quirós García, “Los tratados romances de moral económica en el Renacimiento español”, en Luis Santos Ríó *et al.*, eds., *Palabras, norma, discurso. En Memoria de Fernando Lázaro Carreter*, Salamanca: Publicaciones de la Universidad de Salamanca, 2005, pp. 965-975; y D. Ynduráin, “Teólogos y economistas en la España del siglo XVI”, *BRAE*, LXXXII, CCLXXXV (enero-junio 2002), pp. 5-38.

<sup>8</sup> José A. García Durán, “La cuenta y razón en economía de B. Gracián”, *Economistas*, 65 (1995), 108-113, p. 108.

18) o, en formulación invertida, “lo que mucho vale mucho cuesta” (*OM*, 57). Las cosas que se hacen rápido, es decir, que cuestan poco, “valen poco y duran menos”<sup>9</sup>. Incluso se aplica este parámetro del coste a realidades no materiales, como ocurre con el conocimiento (“El conocimiento que cuesta es más estimado”, recordará en *Agudeza y arte de ingenio*) o con la cortesía, que “cuesta poco y vale mucho” (*OM*, 118).<sup>10</sup>

Sin negar de forma absoluta una estimación objetiva del coste de las cosas, Gracián es —como indicaba— un claro partidario de conceder un valor subjetivo a cosas y personas. El anecdotario por él recogido así lo prueba. Jacob Almanzor, en la historia referida en el primor IV de *El Héroe*, asegura que el alfanje damasquino objeto de disputa “valía una ciudad” (*H*, IV, p. 90). Un hombre puede valer por varios (“No es uno solo el que vale por muchos”, *H*, VI, p. 97), como el hombre de todas horas de *El Discreto*, que “vale uno por muchos” (*D*, VII, p. 267), o el universal del *Oráculo*, que también vale por muchos (*OM*, 93). La excelencia de primero vale más<sup>11</sup> y la propia valía puede ser cuestionada por uno mismo (*H*, XIV, p. 133). Porque en definitiva, “tanto valdrá uno cuanto quisieren los demás”, como reza el aforismo 111 del *Oráculo*, que prueba a las claras el componente subjetivo que los hombres damos a nuestros congéneres. Incluso hay un componente de mercadotecnia en la propia valía, que puede duplicarse cuando se sabe vender el producto, en este caso uno mismo: “Valer y saberlo mostrar es valer dos veces” (*OM*, 130).<sup>12</sup> De la ostentación y de la ventura dice Gracián que vale más una onza que arrobas de caudal sin ellas (*D*, XIII, p. 294). Parece que el jesuita gusta de establecer una relación directa entre el saber y las cantidades.

---

<sup>9</sup> Baltasar Gracián, *El Héroe. El Político. El Discreto. Oráculo manual y arte de prudencia*, ed. Arturo del Hoyo, Barcelona: Plaza y Janés, 1986. Todas las citas de *El Político* y de *El Discreto* proceden de esta edición. En el caso de *El Político*, se cita abreviatura y página. Para *El Discreto*, tras la abreviatura, el realce y la página: *D*, XVII, p. 309.

<sup>10</sup> Lo mismo parece que ocurre en *El Héroe*, donde el varón raro debe aspirar a la eminencia porque “lo que le costará de fatiga lo logrará de celebridad” (*H*, VI, p. 100), siendo así que a veces cuesta menos imaginar que obrar (*H*, XVI, p. 140).

<sup>11</sup> Me refiero, claro, al primor VII de *El Héroe*. Para los conceptos de ‘primero’ y sus variantes en la obra de Gracián, es fundamental el trabajo de Benito Pelegrín, “Del concepto de ‘primero’ en Gracián a la ‘agudeza numeral’”, *Conceptos. Revista de Investigación Graciana*, 1 (2004), pp. 73-90.

<sup>12</sup> Véase el trabajo de Hoffmann citado en n. 1, y compárese *OM*, 167: “Hacéñsele menores los afanes a quien sabe valer”.

El valor de las cosas es, pues, algo cambiante, y por eso ordinariamente no corresponde el valor al aprecio (*OM*, 41). Lo saben bien los hazañeros, que encarecen el valor de las cosas que valen menos que nada (*D*, XX, p. 326). O ciertos elementos que a solas no poseen valor alguno, pero que en compañía de otros lo multiplican hasta el infinito: “Este mundo es un cero: a solas no vale nada; juntándolo con el cielo, mucho” (*OM*, 211), donde se acude incluso a un ente de razón numérico para cuantificar un valor inexistente. Si cosas y personas tienen una apreciación cambiante, su valor en cada circunstancia se convierte en un concepto relativo y subjetivo que requerirá de la participación del sabio para ser correctamente pesado, medido, graduado.

Quizá por todo ello, un concepto que está directamente relacionado con el valor, y que en principio lo objetiva, como es el precio, parece preocupar bien poco a Gracián. De hecho, aparte de que el empleo de la voz “precio” es extremadamente reducido en su obra, cuando se recurre a él se hace más bien como hipérbole, para decir que algo “no tiene precio”, como las plumas de la fama en el realce XX de *El Discreto*; o como *El Galateo Cortesano* de la segunda crisis de la primera parte de *El Criticón*, que no tiene *precio*, pero que le *vale* mucho al que le lleva<sup>13</sup>; o los ojos de la primera crisis de la segunda parte de *El Criticón*, que tampoco lo tienen. O bien se recurre a la voz como valor de cambio práctico, independientemente de la valía real del objeto de la transacción: de ahí el menudeo de expresiones como comprar/vender “a precio de”: de gusto (*D*, XXII, 335), de trabajo (*OM*, 18), de alabanzas (*OM*, 244), de cortesía (*OM*, 272), de agradecimientos, de falsedades, de gran dolor de cabeza en *El Criticón*, etc. Cabe decir, pues, que el precio no es un valor cuantificable de forma positiva para el jesuita, sino que lo utiliza con un valor adjetival (en el sentido con que lo recoge el *DRAE*), como calificativo que en la mayor parte de las veces se convierte en ponderativo.

Y es que Gracián sabe bien que el precio es aún más relativo que el valor, mediatizado por las ocasiones. Es lo que ocurre con ella misma, con la ocasión, de la que en *El Criticón* se nos dice que en algunos momentos es gratis (“va dada”), pero después no se podrá recuperar “por ningún precio” (I, xiii, 317). Por eso se decanta de forma clara por restar impor-

---

<sup>13</sup> Baltasar Gracián, *El Criticón*, ed. Carlos Vaíllo, Barcelona, Círculo de Lectores, 2000, p. 275, cursiva mía. A partir de ahora todas las citas, salvo indicación en contra, remiten a esta edición: en romanos altos la parte, en romanos bajos la crisis, en números árabes la página.

tancia al precio en favor del valor: así lo prueba el aforismo 157 del *Oráculo manual* (“Más vale ser engañado en el precio que en la mercadería”) donde el valor del objeto queda siempre por encima del precio, al desplazar el centro de gravedad al valor real del objeto antes que a la estimación monetaria fijada por miembros de la comunidad. Y es que hay ocasiones en donde no sólo varía el precio, sino que incluso llega a haber dos:

No hay cosa más cara para el hombre de bien que la que se le da; es vendella dos veces y a dos precios: del valor y de la cortesía (*OM*, 272).

Tan sólo en un lugar muy concreto de *El Criticón*, en *La feria de todo el mundo* (I, xiii), Gracián acude en varios momentos al concepto de precio, aunque las conclusiones siguen siendo las mismas que las expuestas hasta ahora: todo se vende sin precio (p. 317), el inestimable licor que hace inmortales a los hombres se da por gran precio (p. 323), Pítaco pone precio a las cosas (p. 324), en otra tienda el bien se vende a mal precio (p. 324), el precio de las esposas es gratis, lo que marca claramente que para Gracián el concepto de precio alberga una contradicción interna (p. 328). Llama la atención —aunque se explica por el carácter alegórico de la ficción graciana— que todos los precios sean relativos o desconocidos, e incluso cuando reaparece la cuestión, en la crisis sexta de la tercera parte, *El saber reynando*, el varón Sesudo hace saber a la pareja protagonista que hay tiendas donde se feria el entendimiento y el juicio; al indagar Andrenio por el precio de esta mercancía, la respuesta de este personaje vuelve a ser difusa: se vende “a aprecio” (p. 783), término que Gracián relaciona claramente con la estimación.

Quizá por ese escaso aprecio por el precio —si se me permite el juego de palabras—, es difícil encontrar alusiones a la carestía o baratura de los precios en la obra del jesuita. Si no estoy equivocado, hay que esperar a 1647, al aforismo 113 del *Oráculo manual*, donde se oponen lo barato de los favores en tiempo próspero frente a la carestía y falta de todo en la adversidad (carestía que reaparece en el 272, ya citado). Algo parecido ocurre en *El Criticón*, en el que se incrementa la presencia de “caro” y “cara” como valorativo, pero “barato” apenas si aparece.

La pregunta entonces, en relación al campo semántico del valor, es muy clara: a falta del precio, y de voces afines como caro y barato, ¿cómo se gradúa el valor en el mundo de Gracián? La respuesta se contiene en una voz que aparece por doquier en los textos del jesuita: la estimación. No se puede olvidar que el vocablo tiene en el siglo XVII un componente económico clarísimo. Estimar es “apreciar, preciar, ponderar, reveren-

ciar”, según Covarrubias (s. v. “estimar”), que a su vez define apreciar como “poner precio y tasa en alguna cosa” (también s. v.). Y toda la familia léxica se relaciona con el precio, pues “estimado” es ‘lopreciado’, “cosa de estima” es ‘cosa de precio’, la “estimación” viene a ser el ‘precio’, “estimable” es ‘lo que se puede apreciar’ y su contrario “inestimable” vale por ‘lo que no tiene precio’ (s. v. “estimar”).

Parece, pues, que Gracián da preferencia al concepto de estimación frente al de precio, quizá porque el primero de los dos recubre un arco semántico mucho más rico, y eso le beneficia en sus intereses. Estimación aparece tímidamente en la obra de Gracián. Surge por primera vez, si no estoy equivocado, en el primor V de *El Héroe*: “Es la estimación preciosísima; y de discretos, el regatearla” (p. 93). Conviene notar un par de reflexiones: que desde el principio se etiqueta como “preciosísima”, relacionada por tanto con el aprecio, y que se vincula con la discreción, a través de un término también relacionado con el mundo mercantil: el regateo. Y si la estima es apreciada, cuando se desperdicia se cae en su contrario, el desprecio: “Desperdicios de estima merecen castigo de desprecio” (*H*, V, p. 93). Es lo que le sucede al oro de las Indias, que al llegar a Europa “pasó de un extremo de desprecio a otro de estimación” (*H*, XVI, p. 142). Por lo tanto, la estima, como valor subjetivo que es, puede aumentar o disminuir, según se recuerda en el primor XVII, al señalar que la prenda afectada “da gran baja en la estimación” del Héroe. De nuevo otro término económico, “hacer baja, baratar”, que tiene que ver con la aminoración del precio de un objeto, el dar las cosas a menosprecio.<sup>14</sup>

El concepto de “estimación” se encuentra, pues, *ab ovo* en los textos del jesuita; pero es interesante que desde entonces se vincule su menudeo con la discreción. De hecho, la voz no aparece en *El Político*, y no será hasta la segunda mitad de la década de los cuarenta —entre *El Discreto* y el *Oráculo manual*— cuando tome cuerpo en el sistema graciano para desplegarse en todas sus variantes en *El Criticón*. Podría pensarse que valor y estimación son sinónimos para Gracián, porque los emplea unidos en varias ocasiones: en *La Feria de todo el Mundo* había “una tienda común, donde de todas las demás acudían a saber el valor y la estimación de todas las cosas” (I, xiii, p. 325); “venga acá cuanto vale y se estima en el mundo” (II, vi), “de todo cuanto vale y se estima” (III, xi, La suegra de la vida). Pero no es así, sino que la estimación tiene un plus por encima del valor. Que, perteneciendo al mismo campo semántico, no son sinónimos para el jesuita, lo prueba lo que se dice de las armas que se conservan

---

<sup>14</sup> S. de Covarrubias, *Tesoro de la lengua...*, cit., s. v.

en armarios de oro en la crisis octava de la segunda parte de *El Criticón*: que “se conoce bien su valor en su estimación” (II, viii). Parece, pues, que la estima agrega otra vez carga subjetiva al valor.

¿Cuál es entonces el significado de estimación? Porque todo hace pensar en principio en el carácter sinónimo citado: el aforismo 253 del *Oráculo* recuerda que “las cosas, para que se estimen, han de costar”, en una vuelta a las condiciones objetivas vistas para el valor; pero no es el coste la patente de la estimación, sino más bien el deseo o la escasez, en una suerte de ley de oferta y demanda del producto —ya sea persona, ya cosa— que le confiere un valor distinto —independientemente del que le es propio— en función de la circunstancia. Los aforismos 255 o 299 certifican a las claras que el deseo es causa de estimación<sup>15</sup>, y son ininidad los textos gracianos que comentan que la abundancia, el hacerse familiar, el perder la condición de raro... hacen perder a las cosas su estimación y caer en el desprecio. Este paradigma se encuentra ya claramente formulado en *El Héroe* (“desperdicios de estima merecen castigo de desprecio”, *H*, V, p. 93) y reaparece en varios lugares de *El Discreto*: “El mayor prodigio, por alcanzado, cayó de su estimación” (*D*, V, p. 258); de lo bueno se dice que “codicianlo todos por lo excelente, con que se viene a hacer común, y perdiendo aquella primera estimación de raro, consigue el desprecio de vulgar” (*D*, XI, p. 283). En realidad, todo este realce (“No ser malilla”) incide en la cuestión, y la idea se repite varias veces<sup>16</sup>, incluso ejemplificando con Popea, que al no enseñar toda su hermosura de una vez gana con ello la mayor estimación. La idea resurge en el *Oráculo*, en los aforismos 81, 152 u 85, donde a lo señalado antes acerca del desprecio se agrega ahora la inferencia contraria: “Escaseces de apariencia se premian con logros de estimación”. Esa oposición entre la estimación y el desprecio como los grados máximo y mínimo de una escala de valores se ve también en *El Criticón*, donde la voz se emplea abundantemente<sup>17</sup>.

Y si la estimación de las cosas es importante, aún lo es más la de las personas. Por eso el jesuita ofrece algunas recetas para conocer los modos

---

<sup>15</sup> “Gran sutileza del dar: que cueste poco y se desee mucho, para que se estime más” (*OM*, 255); “es el deseo medida de la estimación” (*OM*, 299).

<sup>16</sup> “Haylas [malillas] también de la belleza, cuyo ostentarse, demás del riesgo, tiene luego el castigo de la desestimación, y más adelante, el desprecio” (*D*, XI, p. 285).

<sup>17</sup> “antes la cosa más estimada de cuantas hay, pues es la misma estimación, que en rozándose se pierde, la familiaridad la gasta y la mucha conversación la envilece” (*C*, I, xiii, p. 318); o las muchas coronas hacinadas en *El Museo del Discreto*, que “en el poco aliño se conoció su poca estimación”.

de aumento y disminución en el trato con los demás. Al Discreto se le indica que hay que perseguirla con atención, “porque donde buscan los más la estimación topan con el desprecio: cuando se presumen admirados, se hallan reídos de todos” (*D*, XX, p. 326). En el *Oráculo* se observa que “No es medio a propósito para la estimación comenzar enfadando” (*OM*, 74) o algo ya sabido, que “El amor introduce la llaneza y, al paso que entra, sale la estimación” (*OM*, 290). Por eso la estimación es negocio de particular juicio, no fácil ni para todos. Esa plusvalía del valor intrínseco de cosas y personas que oscila en función de la circunstancia sólo puede ser descubierta por el varón juicioso, que sabe apreciarla, frente al vulgo, que es incapaz de calibrarla. Así se le avisaba al Discreto:

...un eminente crítico vale primero en sí, y después da valor a cada cosa; califica los objetos y gradúa los sujetos; no lo admira todo ni lo desprecia todo; señala, sí, su estimación a cada cosa (*D*, XIX, p. 321).

En el *Oráculo* se repite la advertencia, esta vez aplicada ya al varón sabio, en el que confluyen la estimación subjetiva y la valoración algo más objetiva:

*Saber estimar*. [...] El sabio estima a todos, porque reconoce lo bueno en cada uno y sabe lo que cuestan las cosas de hacerse bien (*OM*, 195).

Y tras ese nivel de comprensión hay un valor de actuación para el sabio que se explicita en el *Oráculo*: “el que camina a la luz de la razón siempre va muy sobre el caso: estima por más valor el no empeñarse que el vencer” (*OM*, 47). De hecho, el objetivo del varón juicioso, en el ámbito alegórico de *El Criticón*, es el “trono de la estimación” (con que se cierra la obra, III, xii, p. 948), y que antes se había anunciado en las leyes de cordura que, dictadas por la Atención a instancias del Juicio, se calificaban como la “tarifa de la estimación” (II, i). Valorar la estimación en lo ajeno y poseer la propia es lo que hace hombre, persona, según se explica en esa misma crisis. Y frente a ellos, la estimación del vulgo, que “aunque sea extensa no es segura” (*D*, XIX, p. 322), y que falla en los dos ámbitos, el cognoscitivo y el práctico: “El necio desprecia a todos por ignorancia de lo bueno y por elección de lo peor” (*OM*, 195).

A tenor de lo dicho, Gracián tiene en cuenta el componente objetivo de la teoría del valor, pero bien pronto se abandona a consideraciones de carácter subjetivo a través de la voz “estima” con todos sus derivados, cuya presencia comienza a incrementarse a partir de *El Discreto* y se dispara en el *Oráculo manual* y en *El Criticón*.<sup>18</sup>

## *Bienes y posesiones*

En este ámbito de lo económico, hay un par de palabras que resultan significativas: adquirir y conseguir, que no hay que confundir con comprar. Ausentes según creo de *El Héroe*, son la base del político, que a veces consigue la corona (p. 166), otras veces conquista reinos (p. 168) y, como en el caso de Fernando el Católico, los adquiere por distintas prendas (por herencia, por valor, por industria, por religión o por capacidad, p. 202). En *El Discreto* será otro tipo de prendas el que se puede adquirir, como el modo (por lo que su falta es inexcusable, *D*, XXII, p. 334), y en el *Oráculo* se darán normas de actuación para conseguir los objetivos (aforismos 66 “Atención a que le salgan bien las cosas”, o las “estrategemas del conseguir” en el 144).

Pero realmente lo importante no es adquirir o conseguir, sino conservar lo adquirido, tanto en el ámbito de la política como en el personal. En *El Político* recuerda Gracián que los impuestos, moderados, son “nervios de la conservación” del Estado (*P*, 219), y se le recuerda al *Discreto* desde el primer realce (“arte es saberlos buscar [a los hombres de su genio y de ingenio]; conservarlos, mayor”, *D*, I, p. 242). En el *Oráculo*, de nuevo, se ofrecen normas prácticas para la conservación (aforismos 33, 282...), pero quizá el más significativo sea ahora el 113:

*Prevenirse en la fortuna próspera para la adversa.* [...] Bueno es conservar para el mal tiempo, que es la adversidad cara y falta de todo.

Parece, pues, que en el sistema graciano, tan importante o más que conseguir el caudal, el objeto o el objetivo es saber mantenerlo, conservarlo. De ahí la gran cantidad de lugares en donde las dos voces aparecen unidas, referidas a las cosas (*OM*, 35), la reputación (*OM*, 97; o *C*, II, vii), la afición (*OM*, 112), los amigos (“saberlos conservar es más que hacerlos amigos”, *OM*, 158), las personas (*OM*, 171) o las dependencias (*OM*, 189). Sucederá lo mismo en *El Criticón*, como se ve en la siguiente censura de Critilo:

Vete a unos caprichosos políticos, amigos de peligrosas novedades, inventores de sutilezas mal fundadas, trastornándolo todo, no sólo no adquiriendo de nuevo ni conservando de viejo, pero perdiendo cuanto ay... (“La verdad de parto”, III, 3, 692).

---

<sup>18</sup> Como curiosidad, se puede recordar que estima y sus derivados aparecen 55 veces en los 300 aforismos del *Oráculo manual* y 122 veces en *El Criticón* (los cómputos son míos).



No hace falta insistir, después de *La Cultura del Barroco* de Maravall, en la importancia del concepto de conservación en moralistas y políticos de la época.<sup>19</sup> Gracián es en ello hijo de su tiempo, y no hay que darle más importancia a esta cuestión. Pero quizá no sea baladí relacionarlo con Lastanosa. Hoy sabemos que, tras las transformaciones económicas del siglo XVI, los favorecidos a comienzos del siglo XVII no son los viejos nobles, sino el patriciado o la burguesía de las ciudades y villas, que han tenido buenos sueldos como funcionarios estatales o municipales, o negociantes que han hecho fortuna en actividades mercantiles. Los testamentos son una prueba irrecusable de esa riqueza: “tenían tierras y casas, juros y censos. Muebles y ropas valiosas”, pero también dinero, sortijas, pulseras, vajillas, candelabros...<sup>20</sup> y libros. No resulta descabellado pensar que Gracián, tan cercano al círculo de Lastanosa, reflexionase sobre la realidad que le rodeaba y la plasmase de algún modo en sus textos.

Y si se conservaba, el caudal aumentaba. Volvamos, pues, al caudal, como prometí al principio de estas líneas. Recordemos que el primor inicial de *El Héroe* animaba a celar, a ocultar el caudal, y ya se ha visto el sentido recto de la voz, un concepto que hace referencia a la hacienda. Aunque en sentido traslaticio, puede decirse sin temor a errar que el caudal es un activo personal para Gracián, que puede aumentar o disminuir (“perdieron otros todo el caudal de su fama”, *H*, XI, p. 120; casa sin acabar “porque faltó el caudal”, *OM*, 48). Por eso sorprende que el jesuita inste a ocultarlo, a diferencia de lo que se podría esperar, el hacer ostentación. Y no lo hace una sola vez, sino varias.

La pregunta es: ¿por qué tanta insistencia en ocultar ese caudal, en impedir que sea accesible a los demás? ¿Por qué *El Héroe* se abre con esa frase? ¿Por qué se insiste tanto en ello? La lectura directa es bien clara y ya se ha puesto de manifiesto al hablar de la estimación: porque lo que se roza y se hace vulgar decae en sus méritos, y lo mismo sucede con el caudal. Pero cabe una segunda aproximación. Si volvemos a esa clase acomodada a la que pertenece Lastanosa, hoy sabemos que se trata de un grupo conservador (en el sentido recién explicado) que se encuentra “a la defensiva de sus caudales” (y la frase es de Felipe Ruiz Martín) porque sabe que son mirados con codicia por el fisco.<sup>21</sup> Y sabemos de las dificultades de los funcionarios para “estimar” (y la palabra tampoco es mía,

---

<sup>19</sup> José Antonio Maravall, *La Cultura del Barroco*, Barcelona, Ariel, 1980.

<sup>20</sup> Sigo el lineamiento de Felipe Ruiz Martín, “La banca en España hasta 1782”, en *El Banco de España. Una historia económica*, Madrid, 1970, pp. 60-61.

<sup>21</sup> Ruiz Martín, op. cit., p 61.

sino del mismo autor) la veintena de lo que a cada uno pertenecía. Aunque los datos que manejo se refieren a Castilla, probablemente hubo poca diferencia con lo que ocurría en Aragón. Gracián, pues, habría practicado un doble juego: la estimación del caudal según su sistema de ideas, pero también un guiño a la clase dirigente con la que tan en consonancia se encontraba.

No acaban ahí, con todo, las referencias a la conservación, porque hay otro campo semántico que apoya la idea de conservación y la transforma en aumento. La noción de ahorro aparece caracterizada negativamente en *El Criticón*: “Demás de que hoy viven millares de miserables de no querer comer: todo lo que no comen ni beben ni visten, dicen que lo convierten en oro; ahorran porque no se aforrañan, mátanse de hambre a sí y a sus familias, y de matarse viven” (C, II, iii, 410-411); “Con capa de ayuno ahorra la avaricia” (C, II, vii, 498). En estos casos, parece que lo que se censura, más que el concepto de ahorro económico, es el viejo pecado de avaricia. Sin embargo, el concepto de ahorro como actitud vital menudea por todos los libros del jesuita como pilar fundamental de la conservación, ya se trate de un ahorro de la persona o de las cosas. Lo que sucede es que ahorrar vale casi siempre en estos contextos por ‘evitar’, ‘excusar’. Fernando el Católico ahorraba “de vanos inútiles empeños, que no son de provecho, sino de tema” (P, 204), y en el *Oráculo* se recomienda ahorrar disgustos (OM, 8)... De hecho, excusar necesidades y ahorrar pesadumbres es el mayor preservativo de la vida (C, I, ix, 229). Lo que sí está directamente relacionado con la idea de ahorro en sentido económico es el concepto de retén (“repuesto o prevención que se tiene de algo”, *DRAE*, s. v.). Se explica de forma general en el aforismo 212 del *Oráculo* (“El retén en todas las materias fue gran regla de vivir, de vencer, y más en los empleos más sublimes”) y después se desmenuza para otras realidades particulares, que conviene reservar —ahorrar en términos económicos— para cuando sean necesarios: “haya retén de amigos y de agradecidos, que algún día hará aprecio de lo que ahora no haze caso” (OM, 113). Se trata, en realidad, de una prevención contra la fragilidad de la vida<sup>22</sup> que se explica totalmente en el aforismo 170, ya citado al comienzo de estas páginas:

*Usar del retén en todas las cosas.* Es **assegurar** la importancia. No todo el **caudal** se ha de emplear, ni se han de sacar todas las fuerças cada vez; aun

---

<sup>22</sup> “Valga contra la fragilidad el retén, y sea gran regla del arte del vivir doblar las circunstancias del bien y de la comodidad, assí como dobló la naturaleza los miembros más importantes y más arriesgados; assí el arte los de la dependencia” (OM, 134).

en el saber ha de aver **resguardo**, que es un **doblar** las perfecciones. Siempre ha de aver a que apelar en un aprieto de salir mal; más obra el socorro que el acometimiento, porque es de **valor** y de **crédito**. El proceder de la cordura siempre fue **al seguro**, y aun en este sentido es verdadera aquella paradoxa picante: más es la mitad que el todo (negritas mías).

Y si el ahorro está presente como algo elogiabile, sus contrarios aparecen con valor negativo. Es el caso del gasto, en general, y del desperdicio como apoteosis del gasto. Aunque en el *Oráculo* se acude a una vieja teoría escolástica que recuerda a Boecio, quien aseguraba en su *De consolatione Philosophiae* que entonces son buenos los dineros no cuando en nuestro poder los tenemos, sino cuando dellos nos deshacemos (“No se gastan tanto las materias quando corren como si estancan”, *OM*, 72), lo cierto es que el consejo general va en sentido contrario, y se censura el gasto de manjares (*OM*, 102), de tiempo y de paciencia (*OM*, 136), del favor (*OM*, 171), o el hecho de tener gastada la fama (*OM*, 125). Tan sólo en la conversación con los amigos se puede perder una “hanega de experiencia” (*OM*, 158). Por eso no todo es censurar el gasto, sino que el varón sabio deberá ponderar prioridades: “Igual infelicidad es gastar la preciosa vida en tareas mecánicas que en demasía de las sublimes” (*OM*, 247). En *El Criticón* se gasta la estima, la renta, la hacienda, o el tiempo—como el caso de los viejos que gastan días y noches en murmurar (III, i)—, y el colmo del gasto es quien emplea lo que no tiene, como le sucede a algunos con sus amigas en quienes gastan lo que no poseen, dejando desatendidas a mujeres e hijas (II, ix), o quienes gastan y se vuelven figureros por causa del cambio de modas y usos, lo que desencadena la risa de Andrenio (III, x, 879).

En una mezcla de apreciación económica y misoginia, señala Gracián en *El Criticón* que “Con lo que gasta hoy una mujer se vestía antes todo un pueblo” (III, x, 881). Y es que las alusiones al desperdicio son todas negativas, ya sea de caudal, de tiempo, etc.; así, si de Fernando el Católico se recuerda que reinó sin desperdiciar un solo año<sup>23</sup>, al Héroe se le indica que “desperdicios de estima merecen castigo de desprecio” (*H*, V, p. 93). Pero donde más se insiste en la idea de evitar el desperdicio es en el *Oráculo*: “No aya desperdicios, ni de saber ni de valer” (*OM*, 58); o hasta la suerte, de la que no se puede menoscabar la menor partícula (*OM*, 139); o la gracia (*OM*, 171)... En *El Criticón* hay varias alusiones al desperdicio, sea el del saber (II, iii) o de haberes: recuérdese que en la crisis iv de

---

<sup>23</sup> “Compitieron en Fernando el caudal y la aplicación, para componer un rey perfecto, un monarca máximo: cuarenta años reinó, sin desperdiciar uno tan solo” (*P*, p. 202).

la primera parte, Critilo explica cómo se cebó en el juego, “perdiendo en un día lo que a mi padre le avía costado muchos de adquirir, desperdiando ciento a ciento lo que él recogió uno a uno” (I, iv, 122).

Las conclusiones son las mismas para gasto y para desperdicio, si bien en la escala de valores del jesuita, el concepto de gasto admite una ponderación en función de la necesidad. No ocurre lo mismo con el desperdicio, que siempre es censurable. Parece, pues, que Gracián establece un concepto de balanza vital. En esa economía práctica, pero también ética, que oscila entre ingresos y consecuciones, de un lado, y los gastos y disminuciones, de otro, el fiel debe inclinarse hacia la primera parte. De ahí la importancia del binomio ganar–perder, tan frecuente en su obra, y que analizaré en otro momento, al tratar de la figura del mercader y de los bienes y valores intercambiables.

¿Cuál es el fin de todo ese juego de ingresos y gastos, de ganancias y pérdidas, de estrategias de conservación? Llevar al hombre a un concepto que es de tipo económico pero que en Gracián adquiere tintes éticos: la autarquía. Queda meridianamente claro en el aforismo 137:

*Bástese a sí mismo el sabio.* Él se era todas sus cosas, y llevándose a sí lo llevaba todo. Si un amigo universal basta hazer Roma y todo lo restante del Universo, séase uno esse amigo de sí proprio, y podrá vivirse a solas. ¿Quién le podrá hazer falta si no ai ni mayor concepto ni mayor gusto que el suyo? Dependerá de sí solo, que es felicidad suma semejar a la entidad suma. El que puede passar assí a solas, nada tendrá de bruto, sino mucho de sabio, y todo de Dios.

Casi todos los consejos y reflexiones ofrecidos por Gracián van en esa dirección, la de bastarse a sí mismo.

### *El poder del dinero. Los metales preciosos*

En todo este mundo de marcado carácter mercantil que describe Gracián, sorprende que la voz “dinero” no aparezca ni una sola vez hasta llegar a *El Criticón*: cuando se habla tanto del caudal, de doblar, de multiplicar, de retener los bienes, de ganar o perder... sorprende –como digo– que no haya una sola aparición de la voz en todos los tratados. Podría descartarse en *El Héroe*, cuyas aspiraciones son quizá demasiado elevadas y por tanto no se baja a aspectos materiales tan groseros; podría decirse lo mismo del mundo de la discreción; pero en política o en el ámbito de las relaciones humanas habituales que se describe en el *Oráculo*, la ausencia del dinero

es significativa. Quizá la razón haya que buscarla en el mismo *Criticón*, porque aunque el jesuita reconoce su poder en varias ocasiones<sup>24</sup>, aparece fundamentalmente unido a los vicios. La primera mención del dinero se produce en un apólogo de la crisis cuarta de la primera parte, y en términos bien negativos. El dinero origina la muerte del pasajero, que ha sido perdonado y agradecido por todos los animales que ha ido liberando de la cueva, pero cuando sale el malhechor, “concibiendo que su bienhechor llevaría algún dinero”, acaba con su vida para quitarle la hacienda (I, iv, 119). En la etapa viciosa de la juventud, los malos amigos contribuyen a gastar el dinero y la conciencia; la Codicia es de franceses y lleva a “cometer cualquier baxeza por el dinero”; Critilo se dejó vencer “al retintín de un dinero que oyó contar”. La explicación de todo ello la da la Fortuna en la crisis sexta de la segunda parte:

– Venid acá –decía [la Fortuna]–, ruin canalla, gente baja y soez, que vosotros, infames, me tenéis sin honra. Di tú, bellacón, di tú, Dinero, ¿por qué estás reñido con los hombres de bien? ¿Por qué no vas a casa de los buenos y virtuosos? ¿Es posible que me digan que siempre andas con gente ruin, haciendo camarada con los peores del mundo, y me aseguran que nunca sales de sus casas? ¿Esto se puede tolerar?

– Señora –respondió el Dinero–, primeramente, todos los ruines, como son rufianes, farsantes, espadachines y rameras, jamás tienen un real, ni para en su poder. Y si los buenos tampoco le tienen, no tengo yo la culpa.

– Pues ¿quién la tiene?

– Ellos mismos.

– ¿Ellos? ¿De qué suerte?

– Porque no me saben buscar: ellos no roban, no trampean, no mienten, no estafan, no se dejan cohechar, no desuellan al pobre, no chupan la sangre ajena, no viven de embeleco, no adulan, no son terceros, no engañan. ¿Cómo han de enriquecer si no me buscan? (C, II, vi, 482-83).

Y si el dinero no tiene entidad en la cosmovisión de Gracián, sorprende igualmente que los metales preciosos sí se conviertan en términos de comparación. La razón se expone al final del *Oráculo*: “La gravedad material hace precioso al oro, y la moral a la persona” (OM, 293). Quizá por eso al Héroe se le evaluaba en quilates (recuérdese el primor IX, “Del quilate rey”), un término directamente relacionado con el grado de pureza del oro. Quilatar, según Covarrubias, consistía en “explorar los grados de

---

<sup>24</sup> Salastano reconoce que el dinero “da alcance a cuanto hay, aun los mismos imposibles, haciendo reales los entes de razón”, y más tarde se asegura que “la riqueza todo lo alcanza y el dinero todo lo consigue”.

la perfección del oro con la piedra del toque, y de allí se dixeron quilates” (*Tesoro*, s. v.). En realidad, el oro y en menor medida la plata, tienen las virtudes que otros autores atribuyeron al dinero: por ejemplo, el padre sagaz suple con oro la fealdad de la hija (*H*, X, p. 115), oro y gentes son la mayor y principal riqueza de un Estado, según se declara en *El Político*, y Fernando el Católico enriqueció la monarquía hispánica con “oro, plata, perlas y otras riquezas”. En definitiva, los metales preciosos confieren autoridad:

Hasta las riquezas dan autoridad. Dora las más veces el oro las necias razones de sus dueños, comunica la plata su argentado sonido a las palabras...  
(*D*, 2).

Por eso no es extraño que uno de los ponderativos del jesuita sea el viejo mito de la Edad de Oro, que en unos casos aparece como tal Edad, pero en otros se llamará Siglo de Oro (como el conformado por los Reyes Católicos), que se opone al de hierro (o de yerro) que se vive modernamente: “Floreció en el siglo de oro la llaneza, en este de yerro la malicia” (*OM*, 219). Quizá de esa estimación por el metalpreciado vengan las alusiones a las coronas de oro que encubren yerros o que caen al lodo, y a las plumas de oro y plata, cuyos caracteres vinculan eternidad, o que no se pueden o deben alquilar porque no tienen precio (*OM*, 295).

Surge de nuevo una pregunta: ¿por qué ese menosprecio del dinero y la alabanza o estimación del oro y algún otro metal precioso? Creo que la respuesta hay que buscarla de nuevo en la situación económica de fines del siglo XVI y de comienzos del XVII. Pierre Vilar, en su *Tiempo del Quijote*, señaló las bases de la economía de aquellos momentos, dominada por una inflación galopante que hacía imposible controlar los precios y que, por ende, eliminaba la posibilidad de cualquier tipo de seguridad monetaria.<sup>25</sup> Hoy sabemos que, a partir de 1617, para superar las repetitivas crisis del Estado español, se recurrió a masivas acuñaciones de mala moneda de cobre.<sup>26</sup> Y el mismo Pierre Vilar ha estudiado la dinámica del oro y la moneda en Europa, dejando manifiestamente clara la importancia del primero en detrimento de la segunda.<sup>27</sup> Es conocido el camino del oro

---

<sup>25</sup> Pierre Vilar, “El tiempo del *Quijote*” (1973), recogido en George Haley, coord., *El ‘Quijote’ de Cervantes*, Madrid: Taurus, 1980, pp. 17-29.

<sup>26</sup> Agustín González Enciso, “La producción, los servicios y la política económica en el siglo XVII”, en *Historia General de España y América. VIII. La crisis de la hegemonía española. Siglo XVII*, Madrid: Rialp, 1986, pp. 153-185, en p. 155.

<sup>27</sup> Pierre Vilar, *Oro y moneda en la historia (1450-1920)*, Barcelona: Ariel, 1972.

americano, que llega a Sevilla para terminar viaje en las arcas de los banqueros europeos, como recordará Gracián, a zaga de Quevedo y tantos otros.<sup>28</sup> Además, Felipe Ruiz Martín, en el trabajo citado sobre la banca en España, señala que, a partir de 1609, el oro se encareció de tal manera que resultaba insuficiente para continuar siendo patrón, y la plata ocupará su lugar hasta el siglo XVIII (*op. cit.*, p. 56): “[Fortuna:] Creedme que los españoles son vuestros indios y aun más desatentos, pues con sus flotas os traen a vuestras casas la plata ya acendrada y ya acuñada, quedándose ellos con el bellón cuando más trasquilados” (C, II, iii, 395). Ante los desarreglos y depreciación de la moneda, y ante la escasez del oro, lo más normal fue que las clases acomodadas hiciesen acopio de viejas monedas de oro y de distintos objetos confeccionados con este metal, que se convirtió en auténtico material suntuario, y por lo tanto, indicio claro de riqueza. Recuérdese que los padres de Felisinda “convirtieron en oro y plata sus haberes” y se embarcaron para España procedentes de la India (I, iv, 126). Quizá por ello Gracián no acudió al poderoso caballero de Quevedo, porque ya no era tan poderoso como a comienzos del siglo XVII, pero sí recurrió al oro como ponderativo de riqueza y de valía, como bien sabían los Lastanosas y demás familias pudientes con las que pudo relacionarse el jesuita.

### *El mundo del crédito*

Si no me equivoco, Gracián sólo emplea en una ocasión la voz *préstamo*, y lo hace en *El Político*: “Cuando las empresas son útiles, ellas restituyen los préstamos con logro” (p. 204). La alusión al procedimiento económico está clara en este contexto, más por la voz *logro* (definida por Covarrubias como “la ganancia que proviene de la suerte o capital”) que por la palabra *préstamo*, que en aquellos momentos valía más por el moderno “beca”, o “pensión”. Por eso, más que en préstamo, conviene fijarse en

---

<sup>28</sup> “— ¿No digo yo —exclamó la Fortuna— que vosotros sois unos ingratos sobre necios? ¿Cómo que no os he dado las Indias? ¿Eso podéis negar con verdad? Indias os he dado y bien baratas, y aun de mogollón, como dicen, pues sin costaros nada. Y si no, decidme, ¿qué Indias para Francia, como la misma España? Venid acá: lo que los españoles ejecutan con los indios ¿no lo desquitáis vosotros con los españoles? Si ellos los engañan con espejillos, cascabeles y alfileres, sacándoles con cuentas los tesoros sin cuento, vosotros con lo mismo, con peines, con estuchitos y con trompas de París ¿no les volvéis a chupar a los españoles toda la plata y todo el oro...” (C, II, iii, 394-95).

otra palabra de ese campo semántico al que Gracián acude con frecuencia: *crédito*. Es cierto que la voz es multivalente ya en la época, porque su primera acepción es “credulidad”, y la segunda es “buena opinión y reputación”. Tan sólo en tercer lugar recoge Covarrubias el sentido económico. Es evidente que Gracián emplea la voz en la mayor parte de los casos como sinónimo de reputación.

Desde el primer primor de *El Héroe* se insta a conservar esa buena opinión: “porque ignorada y presumida profundidad siempre mantuvo, con el recelo, el crédito”. Las apelaciones a conservar o mantener el crédito se repiten en los primores II y XII (y en *D*, X y XIX, *OM*, 9, 15), y la voz, en distintas formas (acreditar, desacreditar, descrédito...), aparece en casi todos los primores y en bastantes realces: tan sólo en *El Héroe* la sutileza está acreditada (II, p. 75), la justicia acredita el ingenio (III, p. 84), la pluralidad es descrédito de sí misma (VII, p. 102), el histrión perece de crédito (VIII, 106)... Parece que la voz crédito, pues, se relaciona directamente con el concepto de estimación que ya hemos analizado:

Estiman algunos más una onza de ventura que arrobas de sabiduría, que quintales de valor; otros, al contrario, que fundan crédito en la desdicha como en la melancolía (*H*, X, p. 115).

Que un yerro en las llaves de la Razón de Estado basta a perderlo todo con descrédito, y un acierto, a ganarlo todo con inmortal reputación (*D*, X, pp. 279-80).

Al igual que sucede con la estimación, “ordinario asunto no puede conducir extravagante crédito” (*H*, XVI, p. 139). Quizá por ello, en *El Héroe* y en *El Discreto* se ofrecen distintas recetas para conseguirlo y para conservarlo, al ser ambas empresas arduas: “Tanta dificultad arguye adelantar el crédito como comenzarlo” (*H*, XVI, p. 141). Y cabe la posibilidad de “perderse de crédito”, como le sucedió a Jenofonte en la *Cirope-dia*, que termina por ser un manual para monarcas y no una vida de Ciro. Por tanto, parece que en el crédito, como en otros conceptos susceptibles de medición en Gracián, hay que graduar. Si la estima era importante, el crédito no lo es menos, porque a un rey desacreditado, por ejemplo, “ni sus vasallos le acuden ni los contrarios le temen” (*P*, 178).

Parece claro, entonces, que crédito es sinónimo de estimación. Pero los sinónimos absolutos no existen, y Gracián deslinda de forma bastante nítida la estimación del crédito. Creo que la diferencia fundamental radica en la mayor materialidad o mensurabilidad del crédito, frente a la estimación, que es un concepto más etéreo, más difícil de cuantificar. En otras



palabras, la estimación se gasta y hay que ser parco con ella, como ya quedó explicado, mientras que con el crédito, al tratarse de una inversión, se puede jugar en ciertos términos. El crédito es lo que permite alcanzar o conservar ciertas realidades: al Discreto, por ejemplo, el señorío se lo da “la autoridad conseguida con el crédito” (*D*, II, p. 244), y deberá “ajustar el crédito a la verdad” (*D*, V, p. 259).

Hay otra diferencia con la estimación, y es que esta es un concepto básicamente intrínseco: la estimación en Gracián es algo mío, y me preocupa en tanto en cuanto aumenta o disminuye la mía. Mientras que el crédito no es concepto unívoco, sino que tiene un doble sentido: me afecta a mí y a los demás. Por eso el crédito propio hay que conservarlo y hay que graduar el que damos a los demás. Se ve claramente en el caso de los hombres de burlas, en el realce IX de *El Discreto* o en el aforismo 76 del *Oráculo*: allí dice Gracián que no hay que concedérselo nunca, pero también que ellos mismos pierden el crédito de prudentes, mostrando de forma evidente la propiedad y alteridad de este concepto. O cuando en el *Oráculo* se indica que “Mal puede ayudar al crédito ajeno quien no le tiene propio” (*OM*, 197).

Donde se aprecia con más claridad la importancia del concepto de crédito es en el *Oráculo manual*. Al menos treinta y cinco aforismos contienen una o varias referencias al crédito y sus variantes citadas. Como sucede en el campo económico, se puede perder todo el crédito en una sola ocasión (*OM*, 181), por eso no se ha de exponer en una sola operación, de una sola vez (*OM*, 185).

Gracián utiliza la voz, pues, con el sentido de reputación. Pero a veces se tiñe de su valor económico, como cuando aparece relacionada con las finanzas, o con la idea de transferencia, de forma que se puede “vender crédito de unos a otros” (*OM*, 129). En otros casos, la idea se vincula con la de interés, o con las inversiones. Y creo que aquí, de nuevo, Gracián modula su concepto de crédito influido por una realidad económica que le rodea. Y es que hoy sabemos que desde comienzos de la Edad Moderna, con el incremento de la presión fiscal y los gastos generados por las guerras emprendidas por los Estados europeos, el déficit se generaliza. De ahí que el recurso a hombres de crédito reconocido capaces de adelantar los caudales necesarios convierte a estos hombres en piezas claves del devenir político de Europa.<sup>29</sup> En España sucede algo parecido, y Felipe Ruiz

---

<sup>29</sup> Son palabras literales de Carmen Sanz Ayán, *Estado, Monarquía y Finanzas. Estudios de Historia Financiera en tiempos de los Austrias*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2004, p. 1.

Martín ha señalado que entre 1550-60 y 1630-40 la economía se desplaza de los elementos productivos a las finanzas estatales, y la riqueza se va a concentrar cada vez más en los títulos de deuda pública consolidada que emite el Estado. Esto sucede sobre todo con los juros, también con los censos, en los que se volcará a partir de entonces el ahorro. Bartolomé Bennassar ha estudiado cómo eso empieza a suceder en Valladolid en torno a 1600, y el propio Ruiz Martín lo ha estudiado en Sevilla y Zaragoza (op. cit., pp. 51 y 54). Especialmente en Aragón parece que la actividad económica era intensa, frente a la atonía castellana. No resulta descabellado, pues, pensar que Gracián, tan atento siempre a la realidad que le rodea, y protegido por un grupo del patriciado urbano que se ha enriquecido en la misma manera que la mayor parte del estamento nobiliario ha perdido su liquidez, aprecie esa nueva figura del hombre de crédito, que en muchos casos y a distinto nivel se encarnaba en ese nuevo grupo social. Aunque podría ser una forma de agradar a esos patricios, no seré yo quien lo sugiera. Simplemente quería indicar, en primer lugar, la importancia del concepto de crédito en su obra, y después, una posible explicación.

¿Qué cabe acudir a otras explicaciones? Sin duda alguna. Hoy también sabemos del cuidado con que llevaban la administración de sus bienes los jesuitas, especialmente en América, donde la Compañía se enriqueció gracias a tres actividades: la explotación de las propiedades rústicas, la comercialización de sus frutos y el crédito. Antonio Luis López Martínez ha analizado una obra de Pedro Salinas, S. J., que en 1651 estudia las cuentas de la Compañía en la procuraduría de Indias en Sevilla: el volumen de los beneficios obtenidos del crédito se va incrementando progresivamente desde fines del siglo XVI hasta 1648, en que se llega a la cantidad de quince millones de maravedíes de plata.<sup>30</sup> Son los años de Gracián. No es extraño, pues, tampoco, que desde aquella ladera también escuchase hablar del crédito. Comoquiera que fuese, la importancia del concepto es capital, y así lo prueban sus alusiones al interés y ciertos consejos que cuadran perfectamente con lo que decían los inversionistas de la época.

---

<sup>30</sup> Antonio Luis López Martínez, "Los jesuitas y su intermediación financiera en la carrera de Indias (siglos XVII y XVIII)", en Antonio M. Bernal, ed., *Dinero, moneda y crédito en la monarquía hispánica: Actas del Simposio Internacional "Dinero, Moneda y Crédito: de la Monarquía Hispánica a la Integración Monetaria Europea"*, citado, pp. 751-764.

Concluyo ya: no parece casual que Gracián acuda, para diseñar su sistema de análisis de la realidad y su teoría del comportamiento, a tantos conceptos que originalmente están relacionados con la economía. A la hora de explicar su obra, siempre es arriesgado jugar una sola carta. Por eso probablemente fueron varias las causas que le llevaron a recurrir a esas imágenes, aunque el entorno social y religioso en que se movió pudo surtirle de ideas o sugerirle conceptos, a persona tan reflexiva como el belmontino.